

a Atenas con sus naves, después de haber perdido a causa de la epidemia mil cincuenta de sus cuatro mil hoplitas en unos cuarenta días; los soldados que ya estaban allí se quedaron en su sitio y continuaron el asedio de Potidea.

*Descontento
contra Pericles*

Después de la segunda invasión 59
de los peloponesios, cuando el país
había sido asolado por segunda vez
y la enfermedad pesaba sobre ellos
al mismo tiempo que la guerra, los
atenienses habían cambiado de sentimientos ³⁹⁴; acusaban 2
a Pericles de haberlos persuadido a hacer la guerra y de
ser el responsable de que hubieran caído en aquellas des-
gracias, y anhelaban llegar a un acuerdo con los lacedemo-
nios; les enviaron incluso unos embajadores, pero no con-
siguieron nada. Así, puestos en apuro por todos lados,
acosaban a Pericles. Pero éste, viendo que estaban exas- 3
perados por aquella situación y que hacían todo lo que
él mismo había previsto, convocó una asamblea (pues aún

habla en II 29, 5-7, pasaje en el que puede llamar la atención el silencio de Tucídides respecto a las tropas de Formión. Lo lógico habría sido (cf. A. W. GOMME, *op. cit.* I, pág. 93) que del primer ejército de 3.000 hoplitas hubieran sido retirados la mitad tras establecer el bloqueo, pues 1.500 hombres eran suficientes para mantenerlo, y que en el 430 las tropas de Hagnón (4.000 hoplitas y 300 caballeros, cf. II 56, 2), a las que se alude en este pasaje, hubieran sido enviadas, para intentar el asalto, en el momento en que se acababan de retirar los hombres de Formión que habían estado saqueando Calcídica. Según este supuesto, los 3.000 hombres mencionados en II 31, 2 hubieran podido ser los 1.500 que mantenían el bloqueo de Potidea más las tropas de Formión. Pero a esta hipótesis parece oponerse III 17, 3, donde al tocar de nuevo este tema, se habla claramente de los 3.000 hombres del primer contingente, número que no disminuyó hasta que terminó el asedio, y, como fuerza aparte, de los 1.600 hoplitas de Formión, que regresaron antes del fin.

³⁹⁴ Ya lo preveía Pericles. Cf. *supra*, I 140, 1.

era estratega) ³⁹⁵ con el propósito de animarlos y de llevarlos, después de alejar la irritación de su espíritu, a un estado de ánimo más tranquilo y confiado. Se adelantó, pues, para tomar la palabra y habló de este modo:

60

*Discurso
de Pericles*

«Esperaba las manifestaciones de vuestro enfado contra mí, pues conozco sus causas, y por esto he convocado la asamblea, para refrescar vuestra memoria y recriminaros

si es que sin ninguna razón os enojáis conmigo o cedéis
2 ante las desgracias. Tengo para mí, en efecto, que una ciudad que progrese colectivamente resulta más útil a los particulares que otra que tenga prosperidad en cada uno de sus ciudadanos, pero que se esté arruinando como Es-
3 tado ³⁹⁶. Porque un hombre cuyos asuntos particulares van bien, si su patria es destruida, él igualmente se va a la ruina con ella, mientras que aquel que es desafortunado en una ciudad afortunada se salva mucho más fácilmente.
4 Siendo así, pues, que una ciudad puede soportar las desgracias privadas, mientras que los ciudadanos particularmente son incapaces de soportar las de aquélla, ¿cómo no va a ser misión de todos defenderla y no hacer lo que vosotros ahora? Abatidos por las desventuras de vuestras casas, os despreocupáis de la salvación de la comunidad, y me hacéis responsable a mí, que os exhorté a entrar en
5 guerra, y a vosotros mismos, que participasteis conmigo en la decisión. Os irritáis, sin embargo, contra un hombre

³⁹⁵ Podía, por tanto, convocar una asamblea extraordinaria (cf. *supra*, II 22, 1, n. 165; *infra*, II 65, 3-4).

³⁹⁶ Un pensamiento que SÓFOCLES (*Antígona* 189-190) ya había puesto en boca de Creonte. Cf., asimismo, HERÓDOTO, I 30, 4, y luego JENOFONTE, *Recuerdos de Sócrates* III 7, 9.

como yo, que no soy, creo, inferior a nadie para idear y explicar lo que conviene³⁹⁷, y que soy patriota e inso-
 bornable. Porque quien tiene ideas y no sabe exponerlas 6
 claramente está en la misma situación que si no las conci-
 biera; y quien tiene ambas capacidades, pero no ama a
 su patria, no podrá expresarse con el mismo patriotismo;
 y si alguien también posee esta cualidad, pero se deja do-
 minar por el dinero, por esto sólo será capaz de venderlo
 todo³⁹⁸. En vista de lo cual, si os dejasteis persuadir a 7
 entrar en guerra considerando que yo poseía estas cualida-
 des en más alto grado que otros, aunque sólo fuera por
 poco, no existe ninguna razón por la que ahora se me
 pueda acusar de haber obrado mal.

Para aquellos que tienen la posibilidad de elegir y que 61
 por lo demás son afortunados, entrar en guerra es, sin
 duda, una gran locura; pero desde el momento en que
 era necesario o ceder y someterse inmediatamente a otros,
 o correr el riesgo para mantener la superioridad, quien
 merece el reproche es quien evita el peligro y no quien
 lo afronta. Y yo soy el mismo³⁹⁹ y no me aparto de mi 2
 línea; sois vosotros los que cambiáis, porque el caso es
 que os dejasteis persuadir cuando no habíais sufrido nin-
 gún daño, y os arrepentís ahora que habéis sido alcanza-
 dos por la desgracia; y en el estado de debilidad de vues-
 tro ánimo mis razones no os parecen correctas, porque
 mientras que el dolor ya se ha hecho perceptible a cada
 uno, la demostración de la utilidad todavía se escapa a

ὅτις δὲ ὑπερίσκει ἀπειροῦ ἐστὶ ἡ ἀνάλωσις
³⁹⁷ Cf. *supra*, I 138, 3, en relación a Temístocles.

³⁹⁸ Están aquí indicadas las cualidades del estadista: capacidad de juzgar correctamente y de comunicar sus juicios de forma convincente, es decir, inteligencia y elocuencia, a lo que se une el patriotismo y la incorruptibilidad.

³⁹⁹ Cf. *supra*, I 140, 1.

και μεταβολῆς μεγάλης
 todo el mundo; y al haber sobrevenido un gran cambio
 de fortuna, y además súbitamente, vuestro espíritu no es
 3 bastante fuerte para perseverar en lo que decidisteis. Por-
 que lo que es repentino e imprevisto y ocurre contraria-
 mente a todo cálculo abate el coraje; y esto es lo que ha
 ocurrido entre nosotros sobre todo, encima de los otros
 4 males, con la epidemia. No obstante, al habitar una gran
 ciudad y haber sido educados en costumbres dignas de
 ella ⁴⁰⁰, es preciso estar dispuestos a soportar las mayores
 desgracias para no oscurecer la reputación (pues los hom-
 bres tienen por justo tanto inculpar a aquel que por floje-
 dad se muestra inferior a la consideración que le corres-
 ponde como odiar a aquel otro que con su osadía aspira
 a la que no le pertenece); hay que dejar, pues, de dolerse
 por los sufrimientos individuales y ocuparse de la salva-
 ción de la comunidad ⁴⁰¹. ἀπαλυσθῶμεν δὲ τὰ ἴδια

62 Y en cuanto a las penalidades de la guerra, si teméis
 que duren mucho y que ni siquiera lleguemos a obtener
 la victoria, deben bastaros aquellos argumentos con que
 os he demostrado en otras muchas ocasiones que vuestro
 recelo es infundado. Pero quiero haceros ver algo más,
 y es la ventaja que tenéis en lo tocante a vuestro imperio
 y en razón de su grandeza, ventaja en la que ni vosotros,
 me parece, habéis pensado nunca, ni yo me he referido
 a ella en mis anteriores discursos; ni tampoco acudiría
 ahora a este argumento, por ser un tanto jactanciosa la
 pretensión que conlleva, si no os viera consternados fuera

⁴⁰⁰ Piénsese en las consideraciones del discurso fúnebre de Pericles (cf. *supra*, II 37-42).

⁴⁰¹ *Toû koinou tês sôtêrias antilambánesthai*. Cf. *supra*, II 60, 2-4, n. 396, y concretamente 60, 4, donde Pericles reprochaba a los atenienses su despreocupación por la salvación de la comunidad (*toû koinou tês sôtêrias aphíesthe*).

de razón. Vosotros creéis sin duda que vuestro imperio se 2
 extiende sólo sobre los aliados, pero yo declaro que de las
 dos partes del mundo abiertas al uso del hombre, la tierra
 y el mar, vosotros sois los señores absolutos de una en
 toda la extensión que ahora controláis, y en mayor medida
 si os lo proponéis ⁴⁰². Y no hay nadie que os pueda impe-
 dir el paso si vuestra flota se hace a la mar con todas las
 fuerzas de que disponéis, ni el Rey ni ningún otro pueblo
 del momento. De suerte que es evidente que esta potencia 3
 vuestra nada tiene que ver con el disfrute de las casas y
 las tierras, a cuya privación dais una gran importancia;
 y no es razonable que os disgustéis por ellas; debéis más
 bien considerarlas, en comparación con esta potencia, un
 jardín de recreo y un lujo de rico, y darles escasa impor-
 tancia, y tener en cuenta además que la libertad, si nos
 ocupamos de ella y conseguimos conservarla, reparará fá-
 cilmente estas pérdidas, mientras que quienes se someten
 a otros suelen ver disminuidas, asimismo, las posesiones
 que tenían. No debéis mostraros inferiores a vuestros pa-
 dres en dos aspectos: ellos, en efecto, adquirieron el impe-
 rio gracias a su esfuerzo, sin recibirlo de otros, y, por si
 fuera poco, lo conservaron y os lo dejaron en herencia
 (y es más vergonzoso dejarse arrebatar lo que se tiene que
 fracasar en el intento de apoderarse de algo nuevo). De-
 béis, en fin, ir al encuentro del enemigo movidos no sólo
 por el propio aprecio, sino también por el desprecio ⁴⁰³.
 Porque que el orgullo puede nacer de una ignorancia afor- 4
 tunada y darse incluso en un cobarde, mientras que el des-

⁴⁰² Cf. *supra*, I 143, 4-5; II 13, 2.

⁴⁰³ *Mē phronēmati mónon allà kai kataphronēmati*. Paronomasia en el texto. Es un pasaje interesante para observar cómo Tucídides utiliza los juegos de palabras y la *variatio* al servicio de la precisión y con la idea de llamar la atención sobre su pensamiento.

καταυπερόνους

precio surge en aquel que racionalmente está seguro de ser superior al adversario, como es nuestro caso ⁴⁰⁴. Y en iguales condiciones de fortuna, la inteligencia basada en el sentimiento de superioridad da más firmeza a la audacia, a la vez que confía menos en la esperanza, cuya fuerza ⁴⁰⁵ se manifiesta en los momentos desesperados, y más en la reflexión que parte del conocimiento de la situación, cuyas previsiones son más seguras. *μή ψεύσκειν τοὺς πόνοὺς*

63 Y es natural que vosotros defendáis el honor de la ciudad ⁴⁰⁶, honor que le viene de un imperio del que todos os enorgulleceís, y que no rehuyáis las fatigas o que, en caso contrario, tampoco busquéis los honores. No penséis que luchamos por una sola cosa, esclavitud o libertad, sino que también está en juego la pérdida de un imperio y el riesgo de sufrir los odios que habéis suscitado en el ejercicio del poder ⁴⁰⁷. Y a este imperio ya no es posible

⁴⁰⁴ Sobre la audacia lúcida y este sentimiento de superioridad justificado racionalmente, cf. *supra*, II 40, 3, e *infra*, II 89, 3.

⁴⁰⁵ Cf. *infra*, IV 65, 4; V 103.

⁴⁰⁶ Cf. *supra*, II 41, 4-5, e *infra*, II 64, 3.

⁴⁰⁷ La idea de que cualquier vacilación en el mantenimiento del imperio exponía a Atenas a los odios y a la hostilidad provocados por su política imperialista está ligada a un tema muy debatido: el de la popularidad o impopularidad del Imperio ateniense y el juicio de Tucídides al respecto. La política imperialista de una democracia como la de Atenas se defendía de la acusación de contradicción con el argumento de que el imperio preservaba la libertad de sus súbditos evitando que cayeran bajo el dominio persa. Diversos autores han insistido en sus aspectos positivos. J. de Romilly, por ejemplo, señaló algunas ventajas para los pueblos sometidos a Atenas: paz interior y unidad, gobierno democrático y libertad frente al riesgo de la tiranía, independencia respecto a Persia (cf. J. DE ROMILLY, *Thucydide et l'imperialisme athénien*, París, 1947 = *Thucydides and Athenian imperialism*, Oxford, 1963 (Nueva York, 1979), pág. 95). Moore, para citar otro ejemplo, también ha sugerido la idea de que el dominio de Atenas ofrecía ventajas económicas y era más to-

αὐτὴν ἀξίως ἀντιτάσσουσιν καὶ κινδύνου εἶναι ἐν τῇ πόλει

renunciar⁴⁰⁸, si es que alguien, debido a su miedo en la presente situación o a su deseo de tranquilidad⁴⁰⁹, pretende hacer el papel de hombre bueno a este respecto. Este imperio que poseéis ya es como una tiranía: conseguirla parece ser una injusticia, pero abandonarla constituye un peligro⁴¹⁰. Ciudadanos como éstos arruinarían rapidísimamente el Estado en caso de llegar a persuadir a los otros, o si se establecieran en alguna parte gobernándose por su propia cuenta; la tranquilidad⁴¹¹, en efecto, no está libre de peligros si no se alinea junto a la acción, y vivir como esclavos en una situación de seguridad no es propio de una ciudad soberana, sino de una que es vasalla⁴¹².

_____ ἀρχαὶν πόλει
 lerable que el persa (cf. J. M. MOORE, *Aristotle and Xenophon on Democracy and Oligarchy*, Los Ángeles, 1975, pág. 33), como había defendido Ferguson argumentando que el tributo que los aliados pagaban a Atenas era insignificante comparado con el gasto que hubiera supuesto el mantenimiento de una flota propia (cf. W. S. FERGUSON, *Greek Imperialism*, Boston, 1913, págs. 61-74). El Imperio, sin embargo, se fue haciendo cada vez más represivo. Primero, por el control ejercido por la *ekklēsia* y los *dikastēria*; en segundo lugar, por la actuación militar contra los Estados que intentaban mantener su autonomía, y, por último, mediante medidas económicas (cf. *supra*, I 99, 1).

⁴⁰⁸ Cf. *supra*, I 75, 4; 98-99, n. 548; *infra*, II 64, 5; V 91, 1-2. La idea del Estado imperialista prisionero de su política.

⁴⁰⁹ Alusión a los «inactivos», a los «pacifistas». Cf. *supra*, II 40, 2. Cf. J. DE ROMILLY, *Thucydide et l'impérialisme athénien*, París, 1947, págs. 113-114, 133. Entre la aristocracia había un sector que abogaba por la paz, mientras que los demócratas eran imperialistas y partidarios de la guerra.

⁴¹⁰ Cf. *supra*, I 75, 4; *infra*, IV 61, 5-6.

⁴¹¹ La política pacifista, de pasividad. «El lujo de una opinión pacifista» que sólo puede darse si se alinea (*tetagménon*, metáfora militar) junto a la acción. Cf. A. W. GOMME, *Journal of Hellenic Studies* 71 (1951), 78-79. Cf., asimismo, *supra*, I 70, 8.

⁴¹² O libertad, *eleuthería*, o esclavitud, *douleía*, según la realista alternativa de I 63, 1 (cf. *supra*, I 141, 1). O imperio, *archē*, o esclavitud,

- 64 Vosotros, empero, no os dejéis engañar por ciudadanos como éstos ni estéis irritados contra mí —dado que vosotros mismos decidisteis la guerra de acuerdo conmigo— si nuestros enemigos nos han invadido y han hecho lo que era normal que hicieran al no estar vosotros dispuestos a someteros, y si ha sobrevenido además, más allá de nuestras previsiones, esta epidemia, la única cosa entre todo lo ocurrido que ha sobrepasado nuestros cálculos. Y es por ella en buena parte, bien lo sé, que soy más odiado, injustamente por cierto, a no ser que, cuando obtengáis un éxito inesperado, también me lo atribuyáis a mí. Pero hay que soportar los males enviados por los dioses con resignación⁴¹³ y los que proceden de los enemigos con valor; tal era, en efecto, la costumbre de esta ciudad en el pasado, y ahora es preciso que no se interrumpa en vosotros. Daos cuenta de que ella goza del mayor renombre entre todos los hombres por no sucumbir a las desgracias⁴¹⁴ y por haber gastado en la guerra más vidas y esfuerzos que ninguna otra; pensad también que ella posee la mayor potencia conseguida hasta nuestros días, cuya memoria, aunque ahora llegáramos a ceder un poco (pues todo ha nacido para disminuir)⁴¹⁵, perdurará para siempre en las generaciones futuras; se recordará que somos los griegos que hemos ejercido nuestro dominio sobre ma-

douleía (cf. J. DE ROMILLY, *op. cit.*, págs. 74-75). No hay término medio; cualquier sumisión a otro Estado supone *douleía*. La renuncia al imperio supondría para Atenas un *asphalôs douleúein*, la seguridad en la esclavitud, situación que podía ser ventajosa para una ciudad vasalla, pero que era totalmente inadecuada para una soberana e imperial.

⁴¹³ Cf. SÓFOCLES, *Filoctetes* 1316-17; EURÍPIDES, *Fenicias* 382, 1763.

⁴¹⁴ Cf. *supra*, I 70, 5, 7.

⁴¹⁵ Conocido tópico. Cf. DEMÓSTENES, XVIII 200; APIANO, *Punica* 132; SALUSTIO, *Yugurta* 2, 3.

yor número de griegos, que hemos sostenido las mayores
 guerras tanto contra coaliciones como contra ciudades se-
 paradas, y que hemos habitado la ciudad más rica en toda
 clase de recursos y la más grande⁴¹⁶. El amante de la
 tranquilidad reprobará, sin duda, estos méritos, pero quien
 también esté dispuesto a actuar⁴¹⁷, procurará emularlos,
 y quien no los posea, los envidiará. Ser odiados y resul-
 tar molestos de momento es lo que siempre les ha ocurri-
 do a todos los que han pretendido dominar a otros⁴¹⁸;
 pero quien se expone a la envidia por los más nobles mo-
 tivos toma la decisión acertada. Porque el odio no dura
 mucho tiempo, mientras que el esplendor del presente y
 la gloria que se proyecta hacia el futuro perduran siempre
 en el recuerdo⁴¹⁹. Aprestaos, pues, para un futuro hon-
 roso y para un presente sin oprobio y tratad de conseguir
 este doble objetivo con un ardor inmediato; no enviéis he-
 raldos a los lacedemonios ni deis muestra de estar agobia-
 dos por las presentes penalidades, porque, ante las desgra-
 cias, quienes se afligen menos en su espíritu a la vez que
 resisten más en la acción, éstos, trátense de ciudades o de
 particulares, son los más fuertes.»

ἀγαθὸν
 4 μέγαν
 αὐτῶν

δόξα

⁴¹⁶ Cf. *supra*, II 43, 1. El tono elegíaco de este pasaje lleva a pensar en una fecha posterior al 404.

⁴¹⁷ Cf. *supra*, II 63, 3.

⁴¹⁸ Generalización del caso particular de Atenas. Cf. *supra*, I 75, 4; II 8, 5; 63, 2; *infra*, III 40, 3; IV 108, 3-4. Cf. J. DE ROMILLY, *op. cit.*, págs. 262-268.

⁴¹⁹ Algunos editores suprimen el enlace e interpretan el *dóxa* como predicado: «mientras que el esplendor del presente perdura como gloria inolvidable en el futuro».

- 65 *La figura de*
 Pericles.
 Su política y sus
 previsiones respecto
 a la guerra.
 2 *Su muerte y el*
 cambio de política
 de sus sucesores

Hablando de este modo, Pericles trataba de calmar la irritación de los atenienses contra él y de distraer su atención de las presentes desgracias. Ellos, en su actuación pública, hicieron caso de sus palabras: no enviaron más embajadas a los lacedemonios y se entregaron a la guerra con más ardor; pero, en privado, seguían con el dolor de sus sufrimientos: el pueblo, porque contando inicialmente con menos recursos se veía privado incluso de éstos, y los poderosos, porque habían perdido las hermosas posesiones que tenían en el campo con sus construcciones y costosas instalaciones; pero lo más doloroso era que tenían la guerra en lugar de la paz⁴²⁰. Por supuesto la irritación de todos contra Pericles no se apaciguó hasta que le hubieron impuesto una multa⁴²¹. Pero no mucho después, como suele

⁴²⁰ Según este pasaje de Tucídides todo el mundo se lamentaba a causa de la guerra, tanto el pueblo (*dêmos*) como los poderosos (*dynatoi*). Se refiere sin duda a que en aquella situación el peso de la guerra y de la peste afectaba a todos, no a la orientación de los partidos, ya que entre los aristócratas había un sector que abogaba por la paz, mientras que los demócratas, que eran imperialistas, eran partidarios de la guerra. Cf. PSEUDO-JENOFONTE, *Constitución de los atenienses* II 14, según el cual los únicos que tenían que perder con la guerra eran los propietarios agrícolas (*geōrgoûntes*) y los ricos (*plouúsioi*). El *dêmos* del Pseudo-Jenofonte, sin embargo, se refiere sólo a la población de la ciudad (a la que no le importaría la guerra por no verse directamente afectada por las invasiones), a diferencia del *dêmos* tucidídeo, en el que estarían los pequeños propietarios agrícolas, que tenían que permanecer inactivos ante la devastación de sus campos (cf. *supra*, II 21-22).

⁴²¹ Tenemos noticias diferentes respecto al importe de esta multa, según PLUTARCO (*Pericles* 35, 4), estuvo entre quince y cincuenta talentos y, según DIODORO (XII 45, 4), ascendió a ochenta. Al castigo

hacer la masa, lo eligieron de nuevo estratego y le confiaron la dirección de todos los asuntos públicos⁴²², pues ya se había debilitado el dolor que cada uno sentía por sus sufrimientos particulares y, por otra parte, lo consideraban el hombre más valioso para las necesidades de toda la ciudad⁴²³. En efecto, durante todo el tiempo que estuvo al frente de la ciudad en época de paz⁴²⁴, la gobernó con moderación y veló por ella con seguridad, y durante su mandato Atenas llegó a ser la ciudad más poderosa; y una vez que la guerra estalló, también en aquellas circunstancias quedó claro que había previsto su potencia⁴²⁵. Sobrevivió dos años y seis meses al inicio del conflicto⁴²⁶, y después de su muerte se reconoció aún más la clarividencia de sus previsiones respecto a la guerra. Sostenía, en efecto, que los atenienses vencerían si permanecían tranquilos y se cuidaban de su flota sin tratar de acrecentar

económico probablemente se unió la destitución del cargo de estratego (cf. *infra*, 4). Según PLATÓN (*Gorgias* 516a), la acusación fue de *klopē*, es decir, de apropiación indebida de fondos públicos.

⁴²² Seguramente no significa que tuviera los poderes especiales de un *stratēgōs autokrátōr*, sino simplemente que el pueblo de Atenas estuvo de nuevo dispuesto a confiar en él totalmente.

⁴²³ Cf. PLUTARCO, *Pericles* 37.

⁴²⁴ Desde el tratado de paz de treinta años (445 a. C.) hasta el comienzo de la Guerra del Peloponeso (431 a. C.).

⁴²⁵ Cf. *supra*, I 140-144, e *infra*, II 65, 11-12.

⁴²⁶ Murió, por tanto, en otoño del 429 a. C. La epidemia se le había llevado a dos hijos y él mismo había contraído la enfermedad que le había dejado una salud quebrantada (cf. PLUTARCO, *Pericles* 38). Aquí desaparece el gran estadista que dejó un importante vacío en la política ateniense; no vuelve a aparecer en la obra de Tucídides, salvo en la rápida alusión de VI 31, 2, pero el historiador siente su ausencia al analizar la política de sus sucesores. En este capítulo, como despidido y homenaje, le tributa un convencido elogio, del que se ha señalado un precedente en el dedicado a Temístocles (cf. I 138, 1-6, n. 877).

su imperio durante la guerra y sin poner la ciudad en peligro⁴²⁷. Pero ellos hicieron todo lo contrario⁴²⁸, y, con miras a sus ambiciones particulares⁴²⁹ y a su particular beneficio, emprendieron una política diferente que parecía no tener nada que ver con la guerra y que resultaba perjudicial para sus intereses y los de sus aliados. Era una política que en los casos de éxito redundaba sobre todo en honor y provecho de los particulares, pero que en los fracasos acarreaba a la ciudad un quebranto para la guerra. La causa era que Pericles, que gozaba de autoridad gracias a su prestigio y a su talento, y resultaba además manifiestamente insobornable, tenía a la multitud en su mano, aun en libertad⁴³⁰, y no se dejaba conducir por ella, sino que era él quien la conducía; y esto era así porque, al no haber adquirido el poder por medios ilícitos, no pretendía halagarla en sus discursos, sino que se atrevía incluso, merced a su prestigio, a enfrentarse a su enojo⁴³¹. Así, siempre que los veía confiados de modo inso-

⁴²⁷ La política anunciada en I 144, 1. Cf., asimismo, I 143, 5; II 22.

⁴²⁸ En este capítulo, Tucídides sólo se refiere en concreto a la expedición a Sicilia del 415-413 a. C., relatada en los libros VI y VII (cf. *infra*, 11), pero piensa seguramente en hechos como la primera intervención en Sicilia entre el 427 y el 424 a. C. (cf. *infra*, III 86; 88; 90; 99; 103; 115; IV 1; 24-25; 58-65) o la expedición de Demóstenes a Etolia y Acarnania, en el 426-425 a. C. (cf. *infra*, III 94-98; 105-114). Casos como éstos inspiraban posiblemente la condena general que se hace en este capítulo contra los sucesores de Pericles.

⁴²⁹ Puede pensarse en Alcibiades (cf. *infra*, VI 15, 2-3).

⁴³⁰ *Eleuthérōs*. Cf. *supra*, II 37, 1-2. La idea de libertad, fundamental en el discurso fúnebre, aparece aquí en armonía con la autoridad de Pericles.

⁴³¹ *Pròs orgén ti anteipeín*. O «a oponerse a ellos hasta suscitar su enojo» o «con idea de provocar su enojo» (poniendo el *pròs orgén* en

lente e inoportuno, los espantaba con sus palabras hasta que conseguía atemorizarlos, y, al contrario, cuando los veía dominados por un miedo irracional, los hacía retor-
 nar a la confianza. En estas condiciones, aquello era de nombre una democracia, pero, en realidad, un gobierno del primer ciudadano⁴³². Sus sucesores, en cambio, al ser más iguales entre ellos y aspirar cada uno a ser el primero, cambiaron de política hasta el punto de someter los asuntos públicos a los antojos del pueblo. De esta política derivaron muchos errores, como era de esperar en una ciudad grande y dueña de un imperio, y entre otros el de la expedición a Sicilia, cuyo fracaso no se debió tanto a un error de cálculo respecto a las fuerzas contra las que se dirigía el ataque como al hecho de que aquellos que habían enviado la expedición no adoptaron luego las medidas que convenían al cuerpo expedicionario, sino que,

στο-
 πρωτ
 10 αv
 αpx-

relación con el *pròs hēdonēn* anterior [Gomme, Arnold]). Según otros (Classen, Steup), «con cólera», «para satisfacer su cólera». Pero es frecuente en Tucídides el giro *anteipeîn pròs...* según el que se diría simplemente que Pericles se enfrenta a la cólera, a la pasión de las masas (cf. J. DE ROMILLY, *Thucydide II*, París, 1962, pág. 101).

⁴³² Tucídides valora positivamente esta concepción de la democracia en época de Pericles, a pesar de estar alineado en el lado conservador como lo demuestra claramente con su aversión a las masas y a las formas más radicales de democracia. Cf. *infra*, VIII 1, 4; 97, 2; PLUTARCO, *Pericles* 9, 1. Respecto a la posición política de Tucídides se han expresado opiniones incluso contradictorias. Posiblemente se hallaba a medio camino entre la democracia y la oligarquía (cf. M. F. MCGREGOR, «The politics of the historian Thucydides», *Phoenix* (1956), 93 ss.). Era «un hombre que amaba y deseaba, en política, la eficacia y la autoridad, el realismo» (cf. J. ALSINA, *Tucídides. Historia, ética y política*, Madrid, 1981, pág. 78). Pertenecía a una familia aristócrata, se adhirió a la política de Pericles, que representaba los puntos de vista de una democracia moderada, y atacó duramente a sus sucesores manifestando su oposición a la democracia radical y a las veleidades en política.

ἐὰν περὶ τὴν πόλιν πρῶτον ἐν ἀλλήλοις ἐταράχθησαν

a causa de sus desavenencias personales ⁴³³ respecto a la jefatura del pueblo, debilitaron la fuerza del ejército y, por primera vez, el gobierno de la ciudad se vio turbado por disensiones internas ⁴³⁴. Sin embargo, a pesar del revés que sufrieron en Sicilia con la mayor parte de su flota y con otras de sus fuerzas, y a pesar de que en la ciudad ya reinaba la discordia civil, todavía resistieron diez años ⁴³⁵ a los enemigos que tenían al principio, a los de Sicilia ⁴³⁶ que luchaban al lado de aquéllos, y, además, a la mayoría de sus propios aliados, que se habían sublevado ⁴³⁷, y, más tarde, a Ciro ⁴³⁸, hijo del Rey, que se ha-

⁴³³ Se refiere probablemente a hechos como el exilio de Alcibíades. Cf. *infra*, VI 61. Sobre el desacuerdo entre comandantes del ejército y demagogos, que Tucídides conocía por propia experiencia, cf. W. F. THOMPSON, «Thucydides 2. 65. 11», *Historia* 20 (1971), 141-151.

⁴³⁴ En el 411 a. C., dos años después de la expedición a Sicilia, las luchas civiles llevaron a la revolución oligárquica de los Cuatrocientos y al gobierno de los Cinco mil (cf. *infra*, VIII 48-98).

⁴³⁵ El «diez» es el resultado de una corrección y debe entenderse referido al período 413-404, desde el final de la expedición a Sicilia hasta la rendición de Atenas. La lectura de los manuscritos es, sin embargo, «tres», cifra que podría referirse al intervalo entre las luchas civiles del 411 y la llegada de Ciro a Asia Menor, para ayudar a los peloponesios, en el 408. Otros prefieren la corrección «cinco» (desde el 413 hasta el 408) y hay también quien se inclina por «ocho» (desde el 413-412 hasta el 405, fecha de Egospótamos, la batalla definitiva). De todas formas, la cifra «diez», la más lógica, es la que aparece en ISÓCRATES (*Panathenico* 57). Sobre la admiración de Tucídides por la resistencia ateniense cf. *infra*, VII 28.

⁴³⁶ Cf. *infra*, VIII 26, 1; 28, 2; 35, 1; 61, 2; 106, 3.

⁴³⁷ Cf. *infra*, VIII 5, 1-5.

⁴³⁸ El hijo de Darío II que, con el apoyo de su madre Parisátide, se enfrentó a su hermano Artajerjes II y trató de destronarlo sin lograrlo, puesto que fue vencido y muerto en Cunaxa, en el 401 a. C. (cf. JENOFONTE, *Anábasis*, trad. y notas de R. BACH PELLICER, introd. de C. GARCÍA GUAL, Madrid, B.C.G. 52, 1982).